

De hierro forjado

CARMEN MARTINEZ SAMPER

Al adentrarnos en los paisajes de la Sierra de Albarracín nos vemos envueltos por una naturaleza apenas alterada dentro de un territorio dominado por grandes extensiones de pinares, sabinas y carrascas, arenisca del rodeno, frías aguas en nacimientos y lagunas, entre barrancos y senderos que nos llevan a los pueblos que la definen. En ellos, una arquitectura proyectada para resguardar a hombres y animales representa, en su sencillez y economía de medios, lo más humilde y lo más sabio.

Con estos efectos plásticos tan singulares y junto a las vivencias de cada uno, se ha ido forjando la Comarca de la Sierra de Albarracín, en una amalgama de piedra, hierro, madera, yeso y arcilla donde se mimetizaron ambos paisajes, el natural y el humano.

Un don del cielo

Cuentan las crónicas de Indias que los conquistadores españoles, intrigados por la procedencia del material del que estaban hechas algunas piezas que poseían los nativos, les preguntaron sobre su origen. Los pobladores de estas tierras señalaron hacia el cielo para indicar su origen, pues desde el espacio llegó a la tierra el primer contacto que los aztecas tuvieron con el hierro como metal, proveniente de los meteoritos que viajaban desde lo más alto. En aquel momento el hierro era tan escaso que llegó a considerarse tan precioso como el oro.

Desde su origen, envuelto en un halo de misterio, el hierro será venerado como material mítico y religioso por diversas culturas. Varias civilizaciones lo consideraron *un don del cielo*, capaz de dotar a los objetos fabricados con él de ciertos poderes. En la mitología griega y romana, la transformación de los metales en objetos de uso ornamental o militar destinados a las élites se atribuyó a los dioses. De entre aquellos fue Hefestos/Vulcano nombrado dios del fuego y los metales, quien trabajaba en las entrañas de la tierra. Sus talleres eran los volcanes, donde confeccionaba joyas,



Orihuela del Tremedal

armas, cadenas, armaduras, corazas y redes; un dios que, iluminado a contraluz por el fuego de la fragua y ennegrecido de hollín, era de aspecto poco agraciado, rudo y cojo de ambos pies. Un ser, por tanto, físicamente imperfecto que creció lejos del Olimpo para convertirse en un hábil artesano. Entre mitos y creencias, el ejercicio de la forja y el laboreo terrenal del hierro daba respuesta a las necesidades diarias de sociedades agrarias y ganaderas, para las que el herrero elaboraba herramientas y objetos domésticos. También fue indispensable para los pueblos guerreros, que se hacían más fuertes al ser conocedores de los secretos del forjador y no compartirlos con sus rivales.

De las entrañas de la tierra a la fundición

El hierro es un material abundante en la provincia de Teruel, especialmente en Sierra Menera y en la Sierra de Albarracín. Entre sus características se encuentran las de ser un metal dúctil, maleable y tenaz.

El laboreo del hierro ha sido una constante en la Península Ibérica desde formas rudas hasta el perfeccionamiento y organizada sistematización del trabajo que desarrollaron los romanos en Hispania. El avance en la técnica de extracción de los yacimientos, el tratamiento en hornos y el impulso de su trabajo en primitivas ferrerías o fraguas facilitó la evolución técnica que se ha desarrollado hasta llegar a nuestros días; sin embargo el protagonismo de la forja tradicional no ha quedado relegado por completo, a pesar de las innovaciones industriales.

Fue necesario descubrir, además de su extracción en las minas, que era básico llevar a cabo la separación del hierro de otros elementos, con los que se extrae entremezclado, para obtener la parte metálica y, a partir de ella, preparar barras y lingotes con los que elaborar armas, rejas, herramientas, estructuras y objetos domésticos. El siglo XX le aportó otro matiz al incluirlo entre aquellos metales merecedores de ser utilizados por el escultor.

El manejo del hierro exige un proceso que se desarrolla con dos métodos diferentes de manipulación. En primer lugar, se procede a la extracción del metal que proviene del material acarreado desde la mina. Tras una fusión completa se obtiene una masa pastosa que debe someterse a un martilleo que la liberará de elementos

tales como la escoria. Después se compacta y da homogeneidad al metal elaborado. En segundo lugar, se trabaja en la fragua a partir de los lingotes y barras obtenidos en la fundición. A este segundo proceso nos referiremos de forma más amplia en este capítulo.

Entre los siglos XVI y XVII las cinco principales herrerías o fundiciones que estaban en funcionamiento para la obtención del hierro en la Sierra de Albarracín se ubicaban en el Valle de San Pedro, en Orihuela del Tremedal, en Gea de Albarracín, en Tormón y en Torres de Albarracín, aprovechando el caudal de los ríos Cabriel, Gallo, Guadalaviar y Ebrón.

Estos centros de explotación siderúrgica reunían los factores necesarios para que esta actividad fuese viable. Por un lado, los Montes Universales aportaban la madera necesaria para obtener carbón vegetal con el que elevar la temperatura de la combustión; por otro, los ríos llevaban el agua y la energía hidráulica que precisaba esta industria y, por último, la tierra era rica en hierro para que la ubicación de estos centros de explotación fuese posible.

Pero el consumo de carbón era tan grande que hizo peligrar la masa forestal de los montes que abastecían madera para este fin. En 1785, Diego de Torres, secretario de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, insinuaba que la solución a este grave problema sería la de *“trasladar las herrerías a las orillas del río Martín, a tres leguas de las minas de Utrillas; en aquellas riberas las ferrerías contarían con abundante agua para mover las máquinas, se les llevaría hierro desde Ojos Negros y el carbón desde Utrillas, de manera que no dependería de la madera para poder trabajar.”*

La siderurgia utilizaba gran cantidad de madera para producir el carbón necesario para fundir y separar las impurezas del hierro. Tras este proceso se obtenía un mineral más puro, apto para su utilización en las fraguas.

Los talleres tenían su principal abastecedor en las minas de Ojos Negros, aunque también se obtenía mineral de los pueblos del entorno.

El herrero y la producción de su taller

En cada pueblo había un taller de forja donde el herrero daba respuesta a las numerosas necesidades que surgían en el día a día. Entre sus funciones estaba la de realizar herramientas, elementos arquitectónicos (rejería, barandillas, verjas...) y objetos de uso doméstico. Era el responsable del herraje de las caballerías y, además, podía reparar las piezas o herramientas que él mismo había realizado. Para la economía rural su presencia era indispensable.



Histórica herrería de Torres de Albarracín, propia de la Comunidad

En el trabajo del hierro se puede distinguir la forja utilitaria y la artística. A la primera pertenecen las herramientas, armas, instrumentos, cerraduras, cadenas, anclas y un largo etcétera. A la segunda le incumben todas aquellas manifestaciones que responden a una necesidad y lo hacen con los recursos artísticos que le aportan incisiones, retorcidos, calados y otros detalles ornamentales, en general, que el herrero aplica durante el proceso de elaboración.

En cuanto a la posible ubicación de herrerías en la ciudad de Albarracín tenemos una descripción de César Tomás Laguia (1960):

En esta zona del portal del Agua había varias herrerías en el siglo XVI. En el libro I de Fábrica de la catedral de Albarracín se mencionan con frecuencia “los herreros de la puerta del Agua”. Y en la escritura de una fundación piadosa otorgada el 10 de enero de 1505 por Berenguer de Tovía, escudero, se menciona una “herrería que aquel tenía en la dicha ciudad en la puerta del Agua en la abaxada a la mano esquiera.”

El taller de forja se instala en plantas bajas y generalmente en lugares alejados de la población para evitar las molestias de ruidos y humos. El hierro se calienta en la fragua y se pasa al yunque donde se golpea con martillos y mallos. Debe alcanzar una temperatura adecuada, que el herrero reconoce al observar el color que adquiere el metal, siendo el de “rojo cereza” (760° C) cuando el acero comienza su transformación.

El dominio del fuego y la incandescencia del hierro permiten al forjador estirarlo, retorcerlo, unirlo, aplanarlo, es decir, darle forma a golpes de martillo, con una habilidad, mezcla de fuerza y creatividad. Este aspecto todavía despierta nuestro asombro por la sutil belleza de la ornamentación que nace entre sus manos, ayudado de-yunque, tenazas, bigornias y tajaderas.

El herrero domina el fuego y puede controlar la intensidad de las llamas que caldean el duro metal que transforma en maleable y cuya forma puede trazarse de acuerdo a un plan preconcebido. Golpes y tintineo de martillo sobre un yunque que recibe las embestidas estático y paciente. Sobre el suelo, con las tizas se esbozan formas que se trasladan al metal, donde cobrarán la tridimensionalidad para ser aplicadas a las fachadas, a las carpinterías, al hueco del hogar, a los ejes y ruedas del carro.

Una antigua descripción de un taller de forja nos muestra como las principales zonas de trabajo y herramientas se mantienen a pesar del tiempo transcurrido. Mejoras en los sistemas de corte y unión facilitan el proceso pero, en lo más elemental, apenas se aprecian cambios significativos.

En la actualidad el fuelle se ha sustituido por toberas y motores eléctricos para aportar aire y avivar el fuego de la fragua. El yunque es una masa de hierro forjado o colado sobre la cual se bate la herradura. Sus formas son muy variadas, según las piezas que se han de forjar sobre él, por lo que en el taller del herrador suele haber el yunque propiamente dicho y la bigornia. El yunque consta de la tabla o mesa, que es la parte superior, algo encorvada y lisa; las extremidades son dos:

la que está a la derecha del forjador, que es aplanada de abajo arriba, tallada o en escuadra, y formando lo que se llama talón; el otro extremo, que está a la izquierda, es de forma conoidea, está unida su base al cuerpo del yunque, y se denomina bigornia o cuerno.

Los herreros serranos han elaborado desde hace siglos piezas tradicionales que hacen de la Sierra una región rica en bellas muestras de forja, en las que podemos apreciar cómo lo funcional coexiste junto a lo artístico con una austereidad y estética únicas.

Si alguna nota dominante hace particular la arquitectura de la sierra de Albarracín es, precisamente, la forja. Un recorrido por las diversas poblaciones que se agrupan en esta comarca nos ofrece una exposición permanente al aire libre de la que podemos disfrutar sin atenernos a horarios.

Un recorrido por el panorama artístico

Al igual que en la arquitectura popular, la distribución urbana es producto de la intervención diaria del serrano. Por necesidad y proximidad se utilizaban los materiales del entorno, mimetizando la arquitectura y su paisaje en un proceso anónimo, sin pretensiones. Tanto el maestro albañil como el herrero cultivan las viejas tradiciones en sus oficios. Unos y otros, artífices de los caseríos, grandes y pequeños, decoradores de puertas y ventanas, hacedores de los detalles del hogar, dejaron la impronta de su experiencia y su *buen hacer* que definen la idea de conjunto con una estética difícilmente repetible, aunque a veces toscamente alterada.

La rejería exterior

En las fachadas que miran al norte, de donde viene el frío que azota los muros, es donde se percibe cómo los vanos escasean o sus dimensiones son reducidas. Mucho más amplios son aquellos que miran al sur y este. En ellos, como por pura coquetería, las rejas adornan el sobrio semblante de las construcciones.

Entre los elementos característicos realizados por los herreros destaca la “rejería exterior” de las construcciones civiles y religiosas. Por un lado, desempeñan un importante papel al proteger las viviendas e impedir el libre acceso desde el exterior de la casa; por otro, proporciona un efecto disuasorio al incluir en su



Reja de un palacio de Albarracín

ornamentación figuras simbólicas tales como reptiles, pájaros, remates con puntas desafiantes, símbolos de protección.

La rejería es el elemento principal de la arquitectura popular. Existen casonas pertenecientes a las principales familias, señoriales o ganaderas, que destacan por la colocación de su heraldo sobre la puerta principal y las colecciones de rejas, que son el reflejo de su situación económica y una seña de identidad para el propietario. Con frecuencia la ornamentación de la reja varía según la dependencia que protege. La mayoría se localizan en la planta baja y primer piso, lugares de fácil el acceso desde el exterior de la casa.

Las rejas cumplen hacia el exterior del edificio la función de proteger vanos en general y ventanas en particular. En el interior generalmente se utilizan para separar o diferenciar espacios, como es habitual en los edificios de carácter religioso. Los modelos más frecuentes son los de barrotes verticales, cilíndricos o de sección cuadrada, cuyos espacios intermedios se llenan con detalles florales y volutas. Las volutas o "C" son piezas simétricas, como el resto de los elementos que componen el esquema decorativo de la rejería. Se unen al bastidor por medio de remaches o abrazaderas y parecen proceder de la estética románica.

Los principales conjuntos los encontramos en Albarracín, Calomarde, Gea de Albarracín, Orihuela del Tremedal y Villar del Cobo. Pero tras un largo recorrido por una región cargada de historia y tradición, encontraríamos buenos ejemplos en otros pueblos. En algunos de ellos la forja está en el coro de la iglesia, como sucede en Tramacastilla y Noguera donde el antepecho ha sido forjado. En Ródenas encontramos otro ejemplo singular en el férreo púlpito de la iglesia. En Monterde, Orihuela del Tremedal y Albarracín las iglesias también conservan rejas, en muchos casos cerrando vanos que por sí mismos ya son inaccesibles al estar situados a gran altura; pero aún así también los protegen o adornan rejas. En la catedral de Albarracín, muy próxima al altar, una reja cierra una ventana que permitía oír la misa con la misma discreción que proporciona una celosía. Su traza responde a la seguida en las exteriores; sólo el color dorado aporta una diferencia sutil.



Villar del Cobo. Casa con rejerías (año 1961)

Pero si queremos detenernos ante ejemplos singulares visitaremos Villar del Cobo. En la *Casa Grande* tenemos uno de los conjuntos más sobresalientes. Tanto los detalles florales como las cresterías son distintivos de la casa que guardan. La realización de los motivos muestra gran delicadeza y en una de ellas encontramos uno de los escasos ejemplos donde el trabajo tiene firma de autor: "1630/ DIEGO DE AZANON / ME FIZO...".



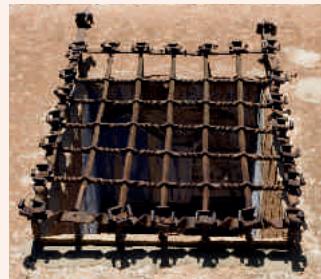
Terriente



Orihuela del Tremedal



Casa Grande. Villar del Cobo



Valdecuenca



Orihuela del Tremedal



Albarracín



Casa del Tió Miguel. Villar del Cobo

En las casas principales, bien de propietarios ganaderos, o bien señoriales, donde encontraremos los ejemplos más singulares. En Orihuela del Tremedal, la casa de los Franco Pérez de Liria destaca por el complicado trabajo técnico y compositivo. Este conjunto, datado en el siglo XVIII, luce una decoración barroca que apenas deja lugar al vacío ornamental. Sorprenden las grandes rejas del lateral izquierdo de la casa por su tamaño. Estas cierran huecos con unas dimensiones más próximas a las de una puerta principal que a las de los ventanales habituales en esta comarca. En la Casa de la Comunidad, en Albaracín, se conserva una reja en la que dos pájaros (cigüeñas o garzas) protegen el acceso a la casa.

No sólo las rejas reflejan la vinculación entre el hombre y el hierro. También en los vanos arquitectónicos las barandillas aparecen en numerosos balcones, tanto de casas particulares como también de los ayuntamientos; de entre ellos citaremos el de la casa consistorial de Orihuela del Tremedal, que se sostiene sobre grandes jaulones.

En cada uno de los pueblos todavía se conservan elementos de forja, ya sean de uso doméstico y agrícola, o con matices señoriales. En Griegos, Jabaloyas, Valdecuenca, Pozondón, Frías, Moscardón o Terriente podemos encontrar rejas de forja tradicional, clavos y bocallaves, cerrojos y picaportes que formaban parte de la vida doméstica de la comarca.

De la fachada al tejado y las carpinterías

De la fachada al tejado haremos hincapié en las veletas, elementos móviles que siempre vemos desde lejos, desafiantes sobre las torres de las iglesias. Un dibujo realizado en el aire que reta la fuerza del viento, de un elemento invisible, para girar como una bailarina, representando figuras o composiciones lineales.



Llamador en Albaracín

Los llamadores de hierro también son elementos móviles. Representan formas diversas evolucionadas desde las argollas a los lagartos, tiradores y aldabas. Se fijan a la puerta mediante una pletina, plana, abombada, calada y con diversos contornos. En ella un pequeño yunque con sección cuadrada o redonda recibe el golpe del aldabón. Para apreciar la elaborada tarea que se realizaba en ellas nos detendremos frente a las que conserva la portada principal del palacio episcopal de Albaracín, la que cuelga en la casa de los Monterde o la realizada por Adolfo Jarreta para la puerta, bajo arco de rodono, que destaca en la casa de los Pérez de Toyuela.

Las cadenas, en otro tiempo también fueron fabricadas por los herreros. Eran utilizadas en la agricultura, navegación,... o para delimitar un espacio. Como la rejería que cierra ventanas, la cerrajería asegura las puertas y ventanas de acceso de los huecos arquitectónicos. La variedad de motivos que reúnen las cerraduras y llaves es extensa. Hasta hace unos años no era raro ver a los paisanos con sus llaves de hierro, algunas veces colgadas en el hombro, repartidas hacia adelante y hacia atrás. Estas llaves todavía prevalecen en las iglesias que, con frecuencia son los edificios que mantienen las cerraduras originales y que por su tamaño no pueden ocultarse en la palma de la mano.

Las cerraduras dan poder a quien tiene la llave. Las encontramos en cofres, arcas, verjas y puertas. Otro cierre es el cerrojo, que consiste en una pieza de metal que se desplaza a mano entre hembrillas. También puede quedar inmovilizada al contar con una pieza que se introduce en la caja y su desplazamiento queda a expensas del movimiento de la llave que la libera del pasador. De manera similar el picaporte, con la presión del dedo pulgar permite elevar el pestillo de la puerta. Las bocallaves son otros elementos frecuentes. Labradas en chapa recortada con diversas siluetas decorativas se destinan a puertas y mobiliario.

Los clavos de las puertas principales son piezas de refuerzo cuya producción es lenta y costosa. Pueden ser esféricos, semiesféricos, estrellados, cuadrifoliados de chapa recortada y calada e incluso repujada. Forman parte del uso decorativo que cumple la forja. Muchos se han perdido por el deterioro de las carpinterías o ser objeto de venta en momentos de penuria económica. Las bisagras y fallebas son partes sustentantes y de cierre, que también dan fortaleza a las puertas de madera.

Iluminación

Destinados a la iluminación se realizan “tederos” o “almenaras”, soportes sobre los que se colocaban teas ardiendo. En las calles dan luz los faroles de hierro negro y cristal, que iluminan las noches sin romper la línea tradicional de los pueblos.

Otras piezas menores son los candiles de aceite.

Útiles de labranza y ganadería

El uso de herramientas metálicas facilitó el avance en diferentes sectores económicos. En la agricultura ocupó un lugar destacado el arado, que ha variado muy poco en su forma original. Junto a él cabe mencionar herramientas tan importantes como



Clavos de la parroquial de Villar del Cobo (desgraciadamente sustituidos en una reciente intervención)

las azadas, hachas, cuchillería, punteros, martillos, enseres pastoriles variados, tijeras de esquilar, empegas, hierros de marcar, carlancas, etcétera.

Utillaje de cocina tradicional

El herrero producía útiles domésticos destinados especialmente a las cocinas tradicionales y el hogar. Las mujeres en el trajinar hogareño de otros tiempos necesitaban numerosos útiles. Desde la iluminación a la cocina, los elementos de cerámica, madera o metal, llenan los rincones, las estanterías y alacenas. Las cocinas tienen como punto de referencia el fuego y sobre él la campana con su rehalda. Las “llares” son una cadena terminada en gancho para colgar el caldero sobre el fuego. Los “morillos” permiten que la leña no se disperse en el fuego bajo. Los “cantes” sirven de apoyo para que no se vuelquen los pucheros. Las “trébedes” son piezas sobre las que se apoyan las sartenes. Cierran el conjunto de enseres domésticos las tenazas, el atizador del fuego, el badil, las romanas, medidas, planchas, tapaderas...

Desde las herramientas hasta los útiles y objetos domésticos, el herrero forjado la historia cotidiana de esta comarca legendaria, donde la forja artística y tradicional ocupa un lugar destacado dentro de su patrimonio. Aunque la mayor parte de las obras son anónimas, no podemos concluir sin destacar la labor artística de Silverio Díaz y Adolfo Jarreta, quienes han decorado con gran maestría los huecos y puertas de buena parte de la arquitectura de Albarracín, dejando su impronta inconfundible en numerosos detalles, como legado de la técnica tradicional en el trabajo del hierro.

Bibliografía

- ESPEJO Y DEL MORAL, R., *Arte de berrar y forjar*. Ed.facsímil. Valladolid: Maxtor, 2004.
- FAUCHEREAU, S., “Forja el espacio”, en AAVV, *Forjar el espacio. La escultura forjada en el siglo XX*. Valencia: IVAM, 1999.
- MARTINEZ ORTIZ, J., “La Herrería de Torres de Albarracín. Aportación al estudio de su historia”. *Teruel*. 1963, 30.
- MAS ARRONDO, C., “Aproximación a la siderurgia tradicional en la Sierra de Albarracín”, en J. M. Latorre Ciria (coord.), *Estudios históricos sobre la Comunidad de Albarracín*, Tramacastilla, Comunidad de Albarracín, 2003, vol.I.
- TOMAS LAGUIA, C., “Geografía Urbana de la Ciudad de Albarracín”, *Teruel*, 1960, 24.
- VVAA., *De lo útil a lo bello. Forja tradicional en Teruel*. Teruel: Museo de Teruel (Diputación Provincial de Teruel), 2001.